

UNA LARGA NOCHE

El señor Esteban había tomado la decisión de apartarse del mundo por unos quince días. Venía saliendo de un tormentoso matrimonio de varios años y atravesaba por un estrés laboral en una revista donde trabajaba como reportero. Quería dedicarse a escribir sus propias cosas durante ese medio mes de vacaciones y aquella casita de montaña le había caído como del cielo; el alquiler era relativamente bajo y disponía de todas las comodidades básicas.

Solo había un detalle: nunca le había agradado estar en una casa con habitaciones desocupadas. Aquella casita tenía dos y él iba a ocupar solo una de ellas... En el en que firmó el contrato y vio por primera vez el lugar, revisó las dos habitaciones para elegir una de ellas... y fue tal vez la necesidad y el estado de cansancio y ansiedad lo que le impidieron traer a su memoria aquel recuerdo de su infancia.

En la casa en donde había vivido los pasados años ya como adulto, había estado rodeado de gente, su esposa y sus tres hijos, y aunque en realidad siempre había sentido una enorme soledad interna. La verdad es que físicamente no ha había estado solo.

Pero ahora su soledad iba a ser completa. Ahora, su primera noche en aquella casa, que más parecía morada ideal para un ermitaño, era el momento perfecto para recordar... Todo el ruido que producían los animales nocturnos en aquella que rodeaba la casa, no lo hacían sentirse acompañado; todo lo contrario, parecían reafirmar su

soledad. Aquella algarabía de una inmensa variedad de seres de la oscuridad, sumada a violentas ráfagas de viento, algo normal, interesante y hermoso para una imaginación serena y poética, se convertía para él, segundo a segundo, en una orgía infernal, en una sinfonía de horror y amenaza cercana.

El señor Esteban siempre había sostenido la opinión de que el temor a la soledad no era otra cosa que el temor a estar con uno mismo. Era, simplemente, no amarse a sí mismo, no confiar en sí mismo.

La verdad es que estaba haciendo un gran esfuerzo para mantener esa misma opinión, porque de lo contrario tendría que aceptar la terrible realidad de que tenía miedo... de sí mismo. O, por otro lado, tendría que aceptar que su opinión había sido siempre una estupidez y que la soledad, sobre todo en aquellas circunstancias, no era algo deseable para nadie.

Pero ningún esfuerzo, ningún pensamiento, le iba a quitar de la cabeza aquellas palabras de su abuelo cuando le relataba lo que ocurría cada noche en la habitación desocupada de la casa en que vivían cuando él solo era un niño de seis años. Aunque posteriormente reprochó la actitud de su abuelo, pues no era necesario que el niño se enterara de nada, puesto que, según el viejo, todo ocurría cuando el pequeño Esteban ya estaba dormido, y, sobre todo, porque a partir de las palabras del abuelo ya el pequeño no lograba conciliar el sueño tras horas después de ver aterrorizado la puerta de su habitación, esperando a que en cualquier momento se abriera.

Resulta que un par de familiares lejanos necesitaron en algún momento quedarse unos días en casa, y como había una habitación desocupada, su padre había decidido generosamente darles albergue por unos días. Pero eran unas personas que no encajaban dentro de la normalidad común. Por la noche se escuchaban murmullos y sonidos que parecían indicar que se dedicaban a alguna extraña ceremonia.

Gracias a Dios, pronto se fueron de casa. Pero los ruidos y murmullos continuaron y su abuelo le insistía en que aquella habitación había quedado maldita. Y al pequeño Esteban le aterrorizaba el solo hecho de pasar cerca de aquella recámara, cuya puerta se mantenía cerrada.

Ese era el recuerdo. Y ahora, casualmente, se encontraba solo en una casa con una habitación desocupada.

Por un momento sintió el impulso de abrir la puerta de aquella alcoba para superar el miedo que había comenzado a sentir, pero un fuerte escalofrío lo sacudió de pies a cabeza.

Sintió enojo consigo mismo por su debilidad, pero prefirió relajarse con una copa de coñac hasta el copete; encendió un cigarrillo y se hundió en un cómodo sillón en la pequeña sala.

Hizo un esfuerzo para pensar que todo aquello no era más que una tontería; un normal miedo infantil que había estado congelado en él toda su vida... y que ahora intentaba derretirse al encontrarse en el momento ideal. Y el alcohol le ayudó a lograrlo, a tal

punto que en sus labios se dibujó una sonrisa triunfante. ¡Qué estupidez la suya! ¡Ya no era aquel aterrorizado niño que temblaba de miedo con relatos escalofriantes! Incluso se llegó a sentir como el director de la orquesta que tocaba afuera aquella extraña sinfonía nocturna. ¡Y cómo no iba a ser el director, si él era el único ser humano, el ser superior de toda la creación! Los de afuera eran animales...bichos, estúpidos y horribles...¡ja,ja,ja!

Y se quedó profundamente dormido.

No pasó más de media hora cuando se escuchó un ruido tan fuerte que el señor Esteban despertó, sobresaltado. Y es que la puerta de una de las ventanas se había abierto de golpe, muy violentamente, como si algo...o alguien, hubiese entrado de pronto.

Se puso de pie de un salto y se dirigió a la ventana para cerrarla. Luego se dispuso a regresar al mismo lugar, pero lo que vio lo hizo sentir en su cuerpo un frío estremecedor.

Ahí, en la mesita del centro de la sala, había dos copas de coñac, la suya y una más. La otra copa estaba en el lado opuesto de la mesita, como si la hubiese estado bebiendo alguna otra persona sentada en el sillón de enfrente. También, en el cenicero, había dos colillas de cigarrillos, y él solo había fumado uno.

Los ruidos de todos los animales de la noche parecieron, de pronto, burlonas carcajadas, y las ráfagas de viento parecían pedirle a gritos que abriera puertas y ventanas.

Esteban tapó su rostro con las manos y trató de tranquilizarse. Pensó que, tal vez, el alcohol le había jugado una mala pasada. Es decir, sin darse cuenta habría servido otra copa de coñac y se habría fumado otro cigarrillo.

Pensó que lo mejor era prepararse un buen café para despejarse un poco. Cuando lo hizo, se volvió a hundir en el sillón y puso la taza en la mesita del centro. Bebió un poco y pensó que lo mejor que podía hacer era ir a la habitación a dormir; había sido un largo y cansado día. Además, inesperadamente sintió una confortable, aunque extraña paz.

Y así, volvió a quedarse dormido.

Pero no pasó mucho tiempo para que la misma ventana de la sala se abriera violentamente, ocasionando un ruido que lo hizo despertar y ponerse nuevamente en de un salto.

Cuando cerró la ventana, se aseguró de que no se volvería a abrir. Respiró un poco y bostezó, somnoliento, porque todavía estaba medio dormido.

Pero hubo algo que lo hizo despertar y sentir un escalofrío que le hirió todo su cuerpo.

En la mesita del centro de la sala, había dos tazas de café a medio tomar, ubicadas cada una como para dos personas sentadas frente a frente en los sillones.

Esta vez, Esteban sintió un pavor paralizante. De pie, inmóvil, con los ojos desorbitados miraba aquella taza. El ruido exterior le pareció tan fuerte que, de manera absurda, se sintió amenazado, como si en cualquier momento se fueran a abrir puertas y ventanas para darle entrada a todo aquel extraño ejército de pequeños y grandes animales, hijos del mismo infierno, a hacer un festín con él, despedazándolo... Y se sintió angustiosamente atrapado, porque sabía que no tendría el valor de salir y huir de aquel lugar maldito.

En su desesperación, se le vino a la mente una idea descabellada, pero en aquel momento fue para él como algo de donde asirse para no caer en un oscuro y profundo abismo de horror.

Tomó el teléfono y marcó el número del dueño de la casa. Esperó una eternidad, hasta que una voz, grave y malhumorada, respondió.

Con timidez y con voz temblorosa, Esteban habló:

--¿Señor Matías? ¿Es usted el señor Matías?

Y la otra voz respondió:

--¡Por supuesto que soy el señor Matías! ¿No tiene usted un maldito reloj para ver la hora que es? ¿Quién diablos es usted?

--Perdone, señor, pero soy el que alquiló la casa de la montaña.

--¡Ah! ¿Algún problema, señor Esteban, que tenga que llamarme a estas horas de la madrugada? ¿No pudo esperar por lo menos hasta que amaneciera?

Esteban sintió cierta vergüenza.

--Sí, señor...No sé cómo explicarle y lamento mucho haberlo despertado.

--¡Al grano, señor, al grano! Ya que me espantó el sueño, dígame la maldita cosa.

Esteban relató todo lo sucedido con la copa de coñac y la taza de café. Pensaba que el señor Matías se reiría, o le diría que era un problema de alcoholismo y que lo solucionara él mismo.

Pero no.

La respuesta del señor Matías fue inesperada.

--Escuche, señor Esteban. Déjeme contarle una historia muy breve. No sé si se enteró usted de ese caso; si es así, no me haga perder el tiempo. Resulta que el año pasado dos amigos se perdieron en la montaña durante varias semanas. Aunque encontraron un refugio en una casa abandonada, uno de ellos murió y el otro tuvo que darle sepultura. A la mañana siguiente, al levantarse, vio el cadáver de su amigo sentado a la mesa. El hombre, horrorizado, tomó el cuerpo inerte de su amigo y volvió a enterrarlo, esta vez

más profundo. Sin embargo, a la mañana siguiente, el cadáver estaba nuevamente sentado a la mesa, ya casi maloliente y putrefacto. Esa es la historia...

--Pero, ¿qué ocurrió allí?—preguntó Esteban--¿Y qué tiene que ver eso con lo que ha pasado aquí?

--¿Sabe usted, señor Esteban, quién, cuando dormía, se levantaba de su cama y desenterraba a su amigo muerto?

Esteban guardó profundo silencio y solo oyó las palabras del señor Matías cuando le dijo:

--La otra copa de coñac y el otro cigarrillo aparecieron cuando usted despertó, ¿no es cierto, señor Matías?

El señor Esteban no respondió. Su cuerpo se bañó del sudor más frío a medida que parecía que comenzaba a comprender.

Luego el señor Matías prosiguió:

--¿Y la otra taza de café? ¿Qué hacía usted antes de que apareciera?

Hubo un corto y pesado silencio.

--Señor Esteban, ¿qué hacía el desafortunado montañista cada vez que desenterraba a su amigo muerto y lo llevaba dentro de la casa? ¡Dormía, señor, dormía!

Al señor Esteban le temblaba el cuerpo y la voz cuando dijo:

--Pero... no comprendo por qué...

Y el señor Matías solo dijo:

--Es la soledad, señor... es la soledad. Buenas noches, señor Esteban.

Y aquella fue la noche más larga del señor Esteban.